

rosa y sin derramamiento de sangre, miles de cuestiones que sin ellas concluirán con una muerte.

Acaso parezcan exageradas nuestras apreciaciones, pero no lo son realmente: el padre, la esposa, el hijo, el hermano, que pierden en un duelo el ser querido que constituía sus delicias y acaso su porvenir, no dejan por eso de sentirlo menos ni calificar de *homicida* al autor de su muerte, al autor de su desgracia.

Ahora bien: si todo esto es cierto, ¿por qué la sociedad que espulsa de su seno al homicidio de baja esfera, para el que pide un ejemplar castigo, tiende la mano casi con orgullo al duelista? Porque tiene formado un juicio del honor, que no es á la verdad el más exacto; porque cree que el honor consiste en matar al que contra el honor atenta, ó dejarse matar por defenderlo, sin comprender el ridículo que en ello corre; sin fijarse en que á las más veces se busca el honor y se encuentra la muerte, lo cual es un absurdo; y sin querer confesar que el honor no depende de una cosa tan contingente y problemática como un *DESAFÍO*. Y lo más sensible es, que no siempre se trata del honor ni se ventila una cuestión de dignidad en el duelo; sino que este no reconoce otra causa que una mirada, quizá involuntaria una sonrisa demasiado acentuada, una leve expresión, que ni aun ofensa constituye, cuando no una pisada, un ceño, un ademán, que nada dice. ¡Y por esto hay hombres que matan y se dejan matar! ¡Qué prodigalidad de la vida! ¡Qué estupidez! ¡Qué ridículo! ¡Qué... infamia!

Tiempo es ya de que la culta sociedad del siglo XIX no se confunda con las épocas de los bárbaros que hoy ridiculizan; y para ello, preciso es que empiece por desenterrar el *DESAFÍO*, y por confiar exclusivamente á juicios de honor, cuanto con él se relacione, en la firme seguridad que el procedimiento que hoy emplea, es injusto, es inmoral, es un crimen cuyo inexorable castigo está reservado íntegramente al Tribunal Divino.

Hemos estado demasiado duros, lo conocemos; pero ante ciertas aberraciones del *CARNAVAL DE LA VIDA*, que pretende ocultar sus vicios con dorados disfraces, no es posible que la conciencia enmudezca.

JOSÉ M. MARTINEZ CANDELA.

Cehejin.

Sección Local.

CARTAS A CARTAGENA.

I.

DE CARTAGENA ANTIGUA.

Querido Federico: ya me encuentro

fanctus officio, como si dijéramos, en la plenitud de mis goces, con libertad completa para dedicarme á mis estudios literarios y encaminar mis trabajos por desconocidos rumbos entregado completamente en brazos de la Fortuna.

Mucho, muchísimo se me ocurre escribirte sobre mi nuevo *estado*; pero todo sería de interés personal, ajeno á los deseos de los suscritores de tu ilustrado periódico y á los tuyos respecto á estos trabajos cuyas dimensiones he de reducir todo lo posible por contar con limitado espacio para insertarlos.

Haçe años, *no pueden contarse*, mis aficiones á los estudios de las ciencias históricas me indujeron á practicar escavaciones en distintos puntos de nuestra Cartagena buscando restos de su antigua grandeza y en ellos la justificación necesaria para reconstruir capítulos de su historia perdida.

Algunos resultados obtuve de estos

emplazado en la colina en que según Polibio (Lib. 10 cap. III) se veía en otro tiempo el famoso templo de Esculapio.

Es lo cierto que estas bóvedas no conducían al castillo ni son tales caminos cubiertos segun pude observar en las escavaciones practicadas. Se extendían por el sitio, que debemos suponer, dando crédito al mismo Polibio, ocupaba la ciudad conquistada por los romanos á los cartagineses y bien puede asegurarse, sin peligro de equivocación, que formaban una gran cloaca por la cual eran vertidas en el mar las aguas fluviales y las inmundicias de la población.

El estudio completo de esta red de bóvedas, quizá romanas, está por hacer y en verdad que no es empresa fácil por lo mucho que dificulta el trabajo el cúmulo de civilizaciones que se han sucedido, edificando unas sobre las ruinas de otras en el reducido espacio que des-

nos hace sospechar que el desagüe de esta cloaca fuera por más de un punto, mucho más cuanto que las edificaciones se estendían por las faldas de cinco pequeñas colinas y las obras del alcantarillado no parece que estuvieran construidas para unirse solo en una bóveda.

Pero esto no pasa de ser una conjetura que necesita confirmarse con trabajos sucesivos, porque las huellas de este sistema de desinfección que tanta importancia tenía en la edad antigua, aparecen muy borradas en Cartagena moderna y quizá pudiera aprovecharse lo posible como hoy sucede en Roma con la cloaca Máxima, construida en tiempo de Tarquino el antiguo y que viene á vaciar en el Tiber después de recibir el contingente de otras bóvedas secundarias.

La población actual de Cartagena, que tanta higiene há menester, debe aprovechar en toda su importancia estos poderosos medios de desinfección

establecidos por sus antiguos pobladores, no convirtiendo los restos que hoy quedan, como desgraciadamente sucede, en focos insalubres por haberlos cortado á trozos sirviendo de inmundos depósitos conservados bajo sus casas y calles, pues indudablemente han de contribuir á mermar la población de una manera tan desproporcionada que debe preocuparnos seriamente.

Mis amigos, el ilustre cronista de la ciudad D. Isidoro Martínez Rizo que tan profundo conocimiento tiene de la historia de su país, y el reputado arquitecto don Tomás Rico Valarino, tan competente en su profesión, mucha luz pueden hacer sobre este interesante punto is toman con el interés que les es peculiar su estudio.

Tu amigo,

ADOLFO HERRERA.

Madrid.

Sección Literaria.

MI CHIQUILLA.

(CARTA DE UN SOLTERO.)

Ello es, que me enamoré como un pánfilo de una chiquilla, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, pero de buena estampa y de formas... ¡ay, qué formas! Tiene unos ojos negros muy retrecheros, una nariz un poco achatada y una boca un tantico grande, cuyos labios gruesos y rojos indican una refinada sensualidad. Agregad á esto una mano chiquitina y unos piecitos de niña, y aunque el retrato no sea muy encantador, resulta el original una cosa muy aceptable, que ya quisieran muchos tenerla por su cuenta... Pues señor—y aunque no vá de cuento, vá de historia, —repito que me enamoré locamente de la muchacha, y puse sitio á la plaza é hice el *bú* en el barrio por espacio de ocho dias, y seguí el tan conocido cuanto peligroso «curso» de las miradas incendiarias, de los suspiros entrecortados y afónicos que no parecía si nó que



Vista de las Puertas del Muelle en Cartagena

trabajos, que conservo en la memoria, y que ahora con ocasión de tus deseos iré relatando por si descubrimientos posteriores confirman mis opiniones y arqueólogos é historiadores los completan con sus estudios.

En estas escavaciones fueron descubiertas lápidas con inscripciones latinas inéditas; restos de rica ornamentación marmórea del bello orden corintio en su manifestación más pura, pertenecientes á época romana; pinturas murales de gran mérito y rareza; materiales de edificaciones civiles y otros y otros objetos de que ya me ocuparé en otra carta.

En esta voy á concretarme á tratar, aunque concisamente, de esas bóvedas que atraviesan los cimientos de Cartagena en diferentes sentidos, caminos cubiertos, con arreglo á vulgar creencia, contruidos para comunicar á los habitantes de la ciudad con el antiguo castillo nombrado hoy de la Concepción y

de su remoto origen siempre ocupó la ciudad.

Mis investigaciones no pueden contribuir al esclarecimiento de la verdad por las grandes dificultades que encontré para continuarlas, pues llegaron estas al extremo de verme obligado á suspenderlas por orden del Alcalde.

Las importantes edificaciones practicadas en el siglo XVIII como lo fueron las murallas y el Arsenal, variaron de una manera radical la topografía de la ciudad antigua empeorando sus condiciones higiénicas con la detención de las aguas torrenciales por la parte que hoy se llama Almajar.

Antes de estas obras, remontándonos á la época romana, segun las descripciones que conocemos, el perímetro ocupado por la ciudad tenía la forma de una península cuyo istmo, de estrechos límites, estaba situado á la parte norte; luego la particularidad de estar la población casi circundada de agua